

MORENO ALMENDRAL, Raúl, *Relatos de vida, conceptos de nación. Reino Unido, Francia, España y Portugal (1780-1840)*, Valencia: PUV, 2021, 325 pp.

El debate sobre los nacionalismos sigue siendo uno de los más vivos dentro del panorama historiográfico, lo que no deja de ser un reflejo de las preocupaciones de la propia sociedad. Al fin y al cabo, nuestro paradigma político sigue siendo el nacional, que articula nuestro mapa mental y alimenta –en su formato más maniqueo– el empobrecido discurso de nuestros líderes de opinión.

Es cierto que, dentro del ámbito académico riguroso, el estudio de las naciones y el nacionalismo ha abandonado sus posicionamientos perennialistas y esencialistas (de raíz decimonónica) en favor de aproximaciones más culturales basadas en el discurso y la conciencia, que no pierden de vista la historicidad de los edificios nacionales. Pero no es menos cierto que, en las últimas décadas, esa respuesta nos ha llevado, a través de las estimulantes tesis modernistas, a un constructivismo y un negacionismo que parecen responsabilizar al Estado liberal de la creación de todas las realidades nacionales, despreciando (o, al menos, minusvalorando) los procesos identitarios previos.

No podemos olvidar, sin embargo, que, antes de la soberanía nacional revolucionaria y de la posterior exaltación romántica, se puede constatar un amplio catálogo premoderno de palabras e ideas que no pueden ser desdeñadas, ya que suponen la base sobre la que se apoyaron las generaciones

que configuraron el panorama nacional occidental.

Este es el objetivo de la obra que aquí nos ocupa: prestar atención a las sensibilidades identitarias que atravesaron al periodo que conocemos como «Era de las Revoluciones» o «Crisis del Antiguo Régimen» (1780-1840), en el que Moreno Almendral observa una patente «cosmovisión nacionalizada», esto es, una generalizada (si bien diversa) utilización de la idea de nación (o reino, o patria, pero siempre en términos de identidad y personalidad colectiva) para explicar y recordar el mundo y sus cambios, sobre todo a partir –pero también antes– de episodios detonantes (que el autor llama «experiencias nacionalizadoras», p. 225) como la Revolución francesa (y los consiguientes conflictos bélicos en este país) o la resistencia a Napoleón Bonaparte en España y Portugal.

Moreno Almendral parte de cinco categorías de pertenencia grupal: genética, etnotípica, etnotípica politizada, liberal y romántica. La primera de ellas, la genética, está asociada a la percepción de un origen o un territorio compartidos, y que podemos encontrar en textos previos al siglo XVIII. La segunda, la etnotípica, asume ciertos elementos psicológicos y conductuales propios a cada nación, y es propia de los ensayos dieciochescos sobre el carácter de las naciones. La tercera, la etnotípica politizada, la podemos asociar al «espacio semántico de la nación ilustrada» (p. 220), el discurso del reformismo dieciochesco (es fundamental el papel catalizador de la administración), que esboza una comunidad política de ciudadanos sin soberanía, preocupada

por el bien común. La cuarta surge con las revoluciones liberales y convierte a la nación en un sujeto con voluntad y derechos políticos. Y, por último, la romántica retrotrae las esencias patrias a tiempos inmemoriales, y fue implantada (con éxito hasta nuestros días) por el liberalismo moderado. Estas categorías no pueden ser absolutas; conviven en el tiempo y se solapan, e incluso se suceden dentro del bagaje vital de la misma persona, tal y como asume y expone el autor, quien, por cierto, opta por primar los testimonios cercanos al tiempo al considerarlos menos contaminados que los catalogables dentro de la memoria.

Con este objetivo, el libro tiene el doble mérito de realizar una –crítica– revisión actualizada de la amplia bibliografía secundaria existente sobre esta materia y aportar, además, un considerable corpus de fuentes, basado en ciento setenta testimonios en primera persona. Y es, precisamente, en esos testimonios personales en los que se basa este *Relatos de vida, conceptos de nación*, que propone un giro hacia el sujeto, basado en la experiencia humana y en su capacidad performativa; dicho con otras palabras, considera al «individuo, y no a las organizaciones o los discursos» como «unidad básica en los procesos de construcción nacional» (p. 36).

Puesto que «hay tantas ideas de nación como personas nacionalizadas» (p. 37), el autor procura que el muestreo sea relevante y para ello recurre a egodocumentos (memorias y literatura de viajes, principalmente) firmados por hombres y mujeres; soldados y civiles; habitantes de las zonas centrales y

periféricas; o miembros de las élites y de sectores sociales –si bien, alfabetizados, claro– menos potentados.

Esta aproximación se hace, y este es otro claro valor de la obra, desde una perspectiva comparada. Moreno Almendral se ocupa de Reino Unido, Francia, España y Portugal por separado, en primer lugar, y luego en un capítulo conjunto en el que es capaz de sacar lecturas transversales de interés sin tener que recurrir a la cuadratura del círculo. Al fin y al cabo, se trata de países vecinos, que vivieron procesos similares y cuyos habitantes bebieron de las mismas corrientes intelectuales, pero que, por otra parte, tuvieron experiencias históricas distintas. Por ejemplo, como bien apunta el autor, Francia, España y Portugal «compartieron» la invasión napoleónica, pero el primer país lo hizo desde un nacionalismo imperial y basado en la universalización de las libertades, mientras que el segundo y el tercero lo vivieron (al menos en el bando no colaboracionista) desde un discurso de resistencia. Del mismo modo, las experiencias españolas y portuguesas han de ser distintas si tenemos en cuenta que, frente al hito constitucional gaditano, la primera revolución liberal lusa no se daría hasta años después.

A lo largo de su ejercicio comparativo, Moreno Almendral se guarda, de nuevo, de caer en la generalización, y tiene en cuenta las diferentes sensibilidades en juego. Nos encontramos, así, con discursos expansivos como los del Imperio británico, la universal guerra francesa contra la tiranía, la nación en ambos hemisferios proclamada en España o la luso-brasileña previa al Grito

de Ipiranga; y afrontamos igualmente naciones que podríamos llamar homogeneizadoras, a la par que «plurinacionales», como la británica (que pretende abarcar las identidades inglesa, galesa, irlandesa y escocesa) o la española, sin olvidar otras experiencias de otredad como la de la contrarrevolucionaria región de la Vendée. Es destacable el interés del autor por la realidad portuguesa, que le permite reflexiones de interés, como el hecho de que este país sea una prueba de que una estatalización decimonónica débil no es incompatible –afirmación que es un lugar común al hablar del caso español– con el asentamiento de un fuerte vínculo nacional. De esta lectura multivectorial podemos concluir, de un lado, que hay tantas naciones como personas que las piensan o sienten, pero podemos entender, al mismo tiempo, que sí que existe un común proceso de nacionalización en estos individuos, incluso en los sectores más conservadores, en los que el alineamiento con la religión y/o el monarca atenúa el vínculo nacional.

Vemos, efectivamente, en buena parte de los testimonios de finales del siglo XVIII una narrativa nacional latente, vinculada a un origen o un territorio comunes, a una comunidad con ciertas características compartidas, a un soberano referencial o a una sensibilización generalizada en pos de la pública felicidad e incluso del amor a la patria; en consecuencia, una cosmogonía catalogable dentro de las perspectivas

genética, etnotípica y etnotípica politizada. En este marco referencial crecieron las generaciones que luego vivieron los episodios bélicos y revolucionarios que sirvieron de catalizador para que la concepción nacionalizadora del mundo creciese exponencialmente. Las fuentes utilizadas por el autor testifican también ese salto por el que la nación se hace soberana y copa el discurso político, mientras que se da por bien sabido el siguiente paso, el propio del discurso esencialista romántico.

Se trata, en consecuencia, de una recomendable obra, muy bien escrita, que afronta de manera convincente un tema de actualidad e interés, al que realiza una valiosa aportación. Queda solo esperar que estos debates, bien enraizados, como ya se ha dicho, en la historiografía estudiosa del nacionalismo, permeen en las lecturas que el resto de la disciplina hace sobre nuestro pasado. No tiene sentido que conozcamos hace décadas el concepto de monarquía compuesta, pero que le sigamos hablando a nuestro estudiantado de la «España de los Reyes Católicos»; igual que es un anacronismo que sepamos que el término «leyenda negra» surgió en el marco de la crisis nacional de conciencia de finales del XIX, pero se siga aplicando a la propaganda de las potencias protestantes contra Felipe II.

Antonio CALVO MATURANA